

## IX

Demetrio Ruiz había creado el socialismo.

Su alejamiento de la civilización le había hecho inventar una cosa desde hace mucho tiempo inventada; pero esto apenas aminoraba su mérito. Nada nuevo hizo Robinson, y sus argucias para servirse de las fuerzas de la Naturaleza merecen más lisonjas que un descubrimiento. De su infancia guardaba Demetrio Ruiz borrosas reminiscencias, que jamás—hombre positivo—trató de reavivar y coordinar. Cuando el primer bozo sombreó sus mejillas, unos hombres fueron á buscarlo al potrero en donde trabajaba, para decirle que la Patria estaba falta de corazones decididos á dejar, en aras de su amor, de latir. Demetrio comprendió en seguida, y partió... Fueron once años de fatigas: hambre, persecuciones, sordos trotes de caballos, degüellos, incendios, heroicidades, cañones de fusiles y ca-



bezas hendidas por el machete, guiñapos sobre el cuerpo y un ideal cada día más confuso en el espíritu. Once años, por anormales que sean, pueden marcar la pauta de una vida, si transcurren en serie. Tras un armisticio, inesperadamente, la guerra cesó, y Demetrio tuvo tal gesto de incredulidad, que hubiérase dicho que aquello lo desilusionaba. Había partido de soldado y regresaba de soldado. (El historiador conoció muchos generales, brigadieres, coronales, almirantes, etc.; Demetrio Ruiz fué el único soldado de la epopeya que le fué posible conocer.) Sin saber por qué, tomó horror á las ciudades; alistado ya en una hacienda, ya en un cortijo, ya en obras de tala, siembra ó recolección, dejó pasar los días sin descender á los poblados, viéndolos, cuando más cerca, desde lo alto de un monte, siempre con una nube de desconfianza en los ojos. Y como los días hacen en seguida meses, y los meses años, el prejuicio de animadversión tomó proporciones fabulosas... Hablaba de Nueva-Sevilla como de Bizancio; cada ciudad era un sumidero, cada hombre de ciudad un áspid... Inventaba epítetos para motejar la ciudad, y de la vida urbana imaginaba inverosímiles detalles que enumeraba con gesto belicoso. Aun después de consolidada la paz, Demetrio Ruiz vivió de continuo en son de

guerra. Su espíritu tenía, juntas, las asperezas y las suavidades de la ingenuidad.

Una vez, instado por varios compañeros, entró en la villa de «Velázquez», centenario corazón del país que conservaba aún las casas con porche, las plazoleas con soportales, los tinajones de tierra porosa y el habla arcaica de los metropolitanos... Ya por entonces el germen de su invención larvaba en su cerebro... Entró de noche, medrosamente, con el propósito de ver *La Cabaña de Tom*, donde, según le habían informado, esbozábase un conflicto entre amos y siervos. La emoción que le causó aquel engendro dramático, representado por cómicos de legua y leguas, fué tan viva, que empalideció la de la ciudad, la del teatro espléndidamente iluminado. Salió vibrante, taciturno. Muchos días estuvo agitando en el meollo á los personajes de *La Cabaña de Tom*, obligándolos á aceptar su arbitraje, á realizar acciones ya fieras, ya mansas, y retráctiles de continuo. Y cuando supo que aquello era mentira, cuando se hizo repetir varias veces que los cómicos representaban igual aquella farsa que cualquiera otra, tuvo un acceso de furia y hasta habló de volver á la ciudad é incendiarla luego de pasar á cuchillo á los histriones.

A ninguno se le había ocurrido que él pensase



ir á presenciar un drama verdadero; su furia era tanta, que ninguno osó reír. Torciendo la mirada y crispando los puños, decía:

—¡ A mí no se me engaña..., no se me saca de aquí para engañarme !

Cuando las exhortaciones socarronas de algunos amigos lo disuadieron, se internó, iracundo, en la sierra, dispuesto á no manchar nunca más sus pies con el polvo de la ciudad; y vivió perseguido por el recuerdo de la treta, trabajando como había trabajado siempre, de soldado de fila; minado ya por el cristiano anhelo de igualar en un mismo nivel á poderosos y menesterosos.

Demetrio Ruiz era de gallarda talla, enjuto; mirada veloz en los dos ojos de dimensiones desiguales, y párpados que de cuando en cuando se cerraban para aprisionar la quimera; el perfil obtuso, el pecho cóncavo, las manos correas, pies muy divergentes, de palmípedo... En la cabellera tenía un remolino de canas... Sus palabras, en las que se adivinaba el deseo de suplirlas por hechos, eran incisivas y someras.

Inventó el socialismo el día 4 de Enero de 1907, y en una mañana de Octubre, dos años más tarde, trabajando en el ramal de ferrocarril del ingenio «Caridad», á las órdenes de un

ingeniero déspota y caprichoso, Demetrio Ruiz tuvo la triste convicción de que los dolores humanos no podrían nivelarse sin violencia.

Los primeros días fueron terribles. Ocultar á fuerza de voluntad su debilidad, ser el primero al pasar lista, con el alba; el último en alzarse cuando la esquila sonaba á las seis, dilatando sus toques—*Angelus* profano—en el valle de cedros y palmeras. Ya estaban lejos del ingenio, cuyas chimeneas delataba, durante las noches, un chispeo de fuego; y la ensenada donde debía morir el ramal, distaba no más que una veintena de kilómetros.

Cuando no amenazaba lluvia, dormían bajo tiendas de lona ó á la intemperie, á uno y otro lado de la vía que iban dejando tras de sus pasos. Un automóvil venía cada tarde á recoger al jefe, y cada tres días les traía viandas, que condimentaba un obrero mañoso; ese mismo obrero vendía clandestinamente ron y otras vituallas; el tráfico estaba prohibido por la Compañía.

Para Aurelio, el sacrificio era espantoso; de las alpagatas desbordaban sus pies casi tumefactos; las manos, como dos nervios, sentían



dolor á cualquier roce; el callo salvador no quería concluir de protegerlas, y las enormes vigas de abeto que servían de sustento á los railes, dejaban en ellas astillas punzantes. No había fase de aquel trabajo que no fuera áspera; no había labor que no exigiese á su cuerpo más de lo que podía dar... Hasta el descanso le era penoso, porque en el descanso, al vaivén de la hamaca suspendida entre dos árboles, los recuerdos pretendían minar su voluntad... El cuerpo que había estado curvado bajo la inquina del sol, sobre el taladro de acero, ó acarreado grava, sentía como un eco de los dolores del día, que retardaba el sueño. Los omoplatos le dolían, las caderas le dolían, la espina dorsal le dolía, y, á veces, después de los dos vértigos que lo derribaron sin sentido, los dolores eran tan próximos, que era un solo dolor del cuerpo; después, desolación del alma, de la esperanza...

Los otros dormían y él estaba en vela, pensativo, ora acobardado, ora resuelto, incorporándose cada vez que cerca de él, de entre la manigua, le llegaba un silbido insidioso, tan insidioso, que era increíble que no fuera humano.

Y nadie sospechaba su martirio... Algo anormal debía haber en él, cuando sus compañeros, que desde el primer día le llamaron «el niño», por tácita decisión lo libraron de las tareas más

rudas. Sin duda lo creían enfermo, el fantasma de lo que nunca había sido: de un hombre fuerte, debilitado por cualquier dolencia. Si había que ir por agua, era él quien iba al regato; se tardaba una buena hora, y andar, aunque sea con dos cántaras llenas colgadas á los extremos de una vara entrecruzada detrás del cuello y sujeta con manos y hombros, no era un trabajo..., no era tanto trabajo.

El ingeniero, exigente y rígido para los demás, había tenido con él condescendencias. Una tarde se le acercó para preguntarle si sabía leer y escribir. Aurelio hizo un esfuerzo, y dijo que no.

—¿De veras que no sabes leer?

—No, señor, no... Nunca me enseñaron.

—Te hubiese colocado en la Administración; tienes trazas de listo.

—Nunca me enseñaron... es la verdad.

—Es lástima... Aprende... Allá el trabajo es menos duro. Tú no pareces muy fuerte, ¿eh?

—¡Oh! bastante... Resisto bien, no crea.

Tuvo miedo de que lo fueran á expulsar y se esforzó aumentando sus sufrimientos. También sentía simpatía por el ingeniero, encanijado lo mismo que él, con sus grandes ojos melancólicos que no debían fijarse á gusto en los papeles llenos de triángulos y ecuaciones. Varias veces



lo había sorprendido dibujando el paisaje con mano inexperta; él lo hubiese podido guiar; pero el propósito de no quebrantar los fueros de la clase en que se había afiliado, lo contenía.

Apenas el ingeniero se alejó de su vera, los demás vinieron á preguntarle, y en todos los rostros había desconfianza, viejo rencor, que tuvo expresión fiel en los labios de Demetrio Ruiz:

—Es un mal hombre—dijo entre dientes; y un negro corpulento añadió:

—Que nunca me lo encuentre solo... Vendo su pellejo.

Aurelio sorprendió en varias ocasiones la mirada del ingeniero puesta en él, buscándolo por sobre las espaldas de los trabajadores dados por completo á la faena. Temía encontrárselo, lo rehuía y llegó á ver en la posibilidad de su protección un peligro para el calvario que con tanta dignidad como dolor iba subiendo. Supo ahogar—¡á costa de cuántas torturas!— todos sus impulsos; combatió la ley de las afinidades que le gritaba que con aquel hombre hubiera podido explayar su alma prisionera en el trato de los jornaleros, y supo vencer las ansias de su cuerpo molido, incapaz, en el postrer instante de resistencia cada final de jornada. Un segundo de desfallecimiento y todo perdido...

irremisiblemente: sacrificios, dolores, esperanzas.

La cuadrilla se componía de once negros y tres mestizos; él y Demetrio Ruiz, que hacía veces de capataz por enfermedad del efectivo, eran los únicos blancos. Se hablaba de que, para armar el puentecillo de acero que iba á tenderse sobre la trocha, vendrían quince hombres; los brazos eran escasos; el corte de caña, más lucrativo, los acaparaba.

Demetrio Ruiz no era buen capataz: lo impedían sus anhelos igualitarios. Siendo sobrio, no sabía oponerse á la venta de ron, prohibida cada mañana por el ingeniero, so pena de multas; toleraba que algunas veces sus subordinados pusieran mano sobre mano, dieran una chupada al tabaco ó se reposaran simplemente sin pretexto... ¿Cómo no iba á consentir aquello? ¡Canario!—solía decir—. El globo de candela pica hasta hacer ronchas... El señor ingeniero está muy cómodo á la sombra de su tienda, echándose fresco con el abanico de yarey...; pero aquí pica, vaya si pica el sol... Descansen un poco... ¿Qué le importa á la Compañía, que es millonaria, medio jornal de más ó de menos?»

Todos le querían, tratándolo con un dejo de respeto que rechazaba él, creyendo que la fraternidad consiste en hacer arrodillar al alto para



que no sobrepase al chico: supresión de categorías, supresión de diferencias, supresión de todo cuanto es sustantivo en la humanidad. Mas á Demetrio Ruiz hubiera sido imposible convencerlo de que no era igual al negro corpulento, que odiaba á los jefes por atavismo y contaba en las veladas, embriagado de ron y de ansias de represalias, la muerte de su bisabuelo, á quien dos «jefes» sujetaron á un tronco para azotarlo con unas correas terminadas por puntas de hierro, y le dieron tanto, tanto, que lo concluyeron.

En su apostolado, á Demetrio Ruiz le había surgido contrincante: uno de los mestizos, que *sabía de letra*, y había vivido en la ciudad... Pero apenas si sus discursos, de temible abundancia, variaban la posición espiritual de sus oyentes. Y cuando Demetrio, rascándose el remolino de canas, decía: «Tos semos iguales... No hay blancos ni negros..., na más que creaturas», el entusiasmo de sus prosélitos era mayor que el que lograban levantar las peroraciones y las palabras retumbantes del mestizo. Sentían más cerca de ellos á Ruiz que al hombre híbrido en cuyo color había la falsía de las aleaciones... Demetrio no perdonaba al mulato que fuera «de ciudad»; los otros no le perdonaban que supiera leer. Y cada vez que Demetrio re-

gresaba de la tienda del ingeniero, donde había ido á asumir la responsabilidad de uno de sus subordinados, los negros, ofreciéndoles sus manos enérgicas, le prometían:

—Con usted á la fin del mundo...

—Aquí no hay «usted»; *tos* iguales.

—A la fin del mundo—repetían mostrando los dientes brillantes, en coro de adhesión.

También Aurelio, blanco de puro linaje caucásico, se sentía menos distante de los negros que de los mestizos, vanidosos y sinuosos.

Los negros tenían su religión, ¡quién sabe qué complicada religión nacida hace siglos en Etiopia ó en otra estepa africana!: culto del Sol, devoción de la Luna: aras sobre las que cuerpos humanos debían tostarse para el festín... Creencias desvirtuadas ya quizás, de las que guardaban ellos, deformándolos de generación en generación, ritos exteriores; religión á cuyas prácticas se daban sin fe substancial, haciéndola, acaso, compatible con el amor á la Virgen María y al Sagrado Corazón, que tiene, al menos en su representación gráfica, la macabra violencia cara á la raza que devoraba á sus enemigos...

En las ceremonias de esa religión, Demetrio Ruiz y los mestizos eran descontados... Aurelio las conoció accidentalmente, en una de aquellas



interminables noches de insomnio en las que, adolecidos cuerpo y alma, temía desmayar, abandonarse... Se incorporó en la hamaca... Habíale parecido sentir un rumor rítmico... La brisa lo entrecortaba á ratos, pero el rumor existía distante, continuo... atrayente. El amaba todo suceso que pudiera inspirarle interés, originar un intervalo de distracción de su dolor. Bajó de la hamaca, y guiado por el ruido, fué con precauciones, deslizándose... Y llegó... Era en un claro del bosque, como en los cuentos de trasgos. Un negro, el negro corpulento, estaba sentado y tocaba con las palmas de las manos en una piel tensa sobre la boca de un barrilito; otro, agazapado junto á él, tañía un instrumento indefinible, de una sola cuerda. Los demás formando un cordón circular en torno de extrañas cifras trazadas en el suelo, bailaban... bailaban sin fatigarse, sin sonreír, con una gran sombra de preocupación en las caras, revulsos los ojos, los hombros encogidos, contorsionados epilépticamente los brazos, salvajes, misteriosos, imponentes, trágicos...; danzaban con extrema lentitud, dóciles al ritmo del timbal y al quejido monocorde que á veces gemía el otro instrumento.

Estaban alumbrados por un candil. Aquel baile debía producir gran fatiga: todos tenían

los desnudos torsos sudorosos; uno de ellos había ornado su cabeza con un plumero multicolor. Se veía que no era una diversión, sino un rito. En el centro del círculo, junto á las cifras rayadas en el suelo, había un pez desjarretado; la luz del candil resbalaba sobre las escamas de plata... De pronto se detuvieron—Aurelio tembló—, y el negro corpulento, sin dejar de tocar, cantó con voz ronca:

« Arrucurrucu  
cabeza é cherna,

El que punteaba el instrumento extraño, añadió:

« Arrucurrucu  
cabeza sola ».

Y los demás volvieron á reanudar la danza, lentos y serios, agitadas las bocas en este surro:

« Arrucurrucu  
cabeza é cherna,  
arrucurrucu  
cabeza sola ».

Aurelio se alejó impresionado. Desde su hamaca sintió el « taac-ta-taac » del timbal mucho tiempo. Jamás había él sentido preocupaciones



dogmáticas; no recordaba misa, confesión ni comunión en muchos años atrás, y, sin embargo, aquella escena lo hirió como un escarnio; sospechaba en ella sedimentos de un pasado bárbaro y sangriento; aquella escena, de un ritual diferente al de sus padres, al de su raza, le puso en el espíritu el deseo de entrar en una iglesia, de ver las imágenes familiares á las que se encomendaba de niño. En seguida se convenció de que no era deseo, sino necesidad. El día siguiente lo pasó casi sin pensar en su cansancio. A la hora del almuerzo pidió á Demetrio Ruiz que solicitara del jefe permiso; podría ir en el automóvil hasta el ingenio, y de allí, en una hora de tren, hasta la ciudad.

El jefe accedió. Antes de partir, Demetrio le preguntó, amoscado:

—¿Te llama á ti la ciudad también?

—Tengo que hacer unos encargos.

—Sí... sí.

—¿Se le ofrece á usted algo de allá?

Demetrio, con un trémolo de sorpresa y de cólera en la voz, dijo:

—Niño... si quieres que seamos amigos, no me hables nunca de nada de «allá abajo». El sumidero y yo, ¿sabes?, no haremos nunca migas... No estoy enfadado, no... Es una advertencia.

La iglesia era pequeña, de muros enjabelgados; tenía tres bóvedas y cinco altares. En las columnas había ramas de palma bendita, reseca ya, entretejida por manos piadosas. Bancos y sillas estaban alineados bajo la nave central... Todo era humilde, limpio... Hasta el Crucificado parecía encontrarse á su guisa, bañándose en el rayo de luz que bajaba de una de las vidrieras... El templo estaba desierto; un sacristán limpiaba en el altar mayor el tabernáculo, sobre cuya puerta resplandecía una llama de oro y carmín.

Aurelio fué á refugiarse en una de las naves laterales, ante un altarcito adornado con flores frescas. No olía á incienso; las enredaderas trepaban por la espalda del ábside y asomaban por las abiertas celosías... Debían oler así las capillas de los ermitaños—agricultores que erigieron sus ermitas en las cimas para estar más cerca del cielo... Quiso apartar sus sentidos de la frescura del ambiente, del perfume de jazmines que descendía de las enredaderas. Se hubiera adormecido en aquella tibieza, apoyado en un reclinatorio... Entonces un temor lo alteró de improviso. «¿Recordaría las oracio-



nes?» Siempre el Credo se le embrolló, á la mitad, con la segunda parte del Ave María, allí donde dice «... y descendió á los infiernos»... No importaba. ¿Acaso el estar allí, puestas las rodillas en el escaño y la mirada en las imágenes del altar, no era un Credo más ferviente que el que pueden los labios decir y la memoria retener?...

El ruido que movía el sacristán en el presbiterio, cesó. Y él, estimulado por el recogimiento, se dispuso á comenzar. Sus labios no intentaron repetir las oraciones rituales; el corazón, como una granada madura, abrióse en palabras de plegaria que le vinieron á la boca tumultuosamente:

—¡ Señor!... ¡ Virgen del Carmen!... dadme fuerzas, no me dejéis caer... ¡ Virgen del Carmen, quiero ser bueno, quiero olvidar, quiero resistir, quiero... ¡ Virgen del Carmen, Señor Jesucristo, para nada malo vengo á pedir ayuda!... ¡ Sois vosotros los que ganáis!... ¡ Virgen del Carmen!...

Las palabras le borbotaban en los labios, las lágrimas en los ojos. Temblaba de fe. Aquella que estaba en el altar con el manto azul y el pecho siete veces asaeteado, no era la Virgen del Carmen; pero él la invocaba á ella porque Nuestra Señora del Carmen era la Virgen de su

niñez, la que había estado estampada en un escapulario que él llevó muchos meses pendiente del cuello y que cambió una tarde de pecado, en la escuela, por una goma de borrar... Además, él, ignorante, le hubiese sido imposible acertar entre once mil vírgenes con el nombre justo, sin decir antes diez mil por lo menos.

Los broncecillos eclesiásticos que sonaban le distraeron. Acudían algunos feligreses. Aurelio salió. Iba á pasos lentos, tranquilos; podía la caritativa Patrona de los marineros negarle su ayuda; mas el solo hecho de demandarla, había sido válvula por donde muchas de las sombras del alma hallaron salida. Una risueña confianza renacía en él... Se detuvo ante el escaparate de una tienda ornada con tarjetas postales, y compró cuatro que tenían parajes de la ciudad: una para su madre, las otras para Natalia, para don Juan Antonio, para Ricardo Nors; á los demás no valía la pena; era preciso comenzar á ser económico...

En un café, furtivamente, como si sus compañeros de trabajo pudieran verlo, pidió recado de escribir. Hacía más de mes y medio que no cogía la pluma... Y, sin sospecharlo, complacíase en aumentar la torpeza con que ahora la tenía entre los dedos. Por instinto, la pluma anduvo de acá para allá sobre el papel...; primero fué una cara



cualquiera ; luego, sin saber por qué, dibujó el rostro espiritado, de sedño bigote y melancólicos ojos, del ingeniero. Dibujando llegó la hora de la marcha. Arrugó el papel con disgusto y escribió en las cuatro postales la misma frase : « Soy feliz. Recuerdos »...

Cuando, luego de depositarlas en el buzón, dirigióse á tomar el tren, pensó en la vida que iba á reanudar ; en respuesta á ese pensamiento, el cuerpo se encogió dolorosamente... Aquellas tarjetas iban á esparcir una mentira. ¡ Si siquiera fuesen á transmitir un engaño !... Pero él no se engañaba : No era feliz, no era feliz...

## X

Pensar, siempre pensar, cuando era necesario ser una rueda ciega en la máquina ; recordar, siempre recordar... Y él sabía que, en todas las cuitas humanas, el más feliz es el que puede olvidar antes.

No, no era dúctil. Acaso el hombre no sea, como tanto se ha dicho, un animal de costumbre. Y es que, en las sentencias muy manoseadas, todos fían en la probidad del primero que la repitió, pensando que ése debió encargarse de comprobar si asistía razón á quien la dijo. Su ductilidad le había permitido imitar el habla de sus compañeros, darse un aspecto rústico cuya autenticidad debía ser dudosa á los ojos observadores—¿ por qué lo miraba el ingeniero con tanta insistencia ?— ; mas, contra las dificultades fuertes, su deseo de plegarse estrellábase. Si nada hay congénito, y el hijo de un duque criado en una caballeriza adquiere personalidad de palafranco, que sólo abstractas y fugaces an-



sias traicionan, ¿por qué motivos las cualidades ingénitas largo tiempo practicadas, dejan en el organismo huellas más hondas que en la memoria? Contra sus propósitos de convenirse en un garzón rural, la herencia ciudadana triunfaba; contra su propósito de someter su alma al troquel de las abdicaciones, sus sentidos triunfaban pulsados por la brisa de una tarde caliginosa; triunfaba en él lo accidental de lo eterno; y ya, como en venganza de los dolores que sus faenas y sus marañas habíanle ocasionado, hasta desarraigó de su gusto aquel amor á lo campesino que tantas veces habíale llevado á estudiar con unción el paisaje. No se lo decía; pero desde que era sabedor de lo que el campo exige del hombre, su concepción grata del campo era el «Boi de Boulogne»... Cada mañana estallaba en su boca este grito: «¡ Hay que luchar ! » Y, heroicamente, día tras día, dos meses pasaron sin que ni en los momentos peores pensase desahuciar su tentativa de regeneración...

Con frecuencia, nostalgias de comodidades materiales lo mortificaban. Ya era en las noches de estéril vigilia, ya al medio día, cuando del caldero suspendido sobre una hoguera llegaba el aroma de la comida: plato único del que había que saciarse. Entonces él, de ordinario sin

apetito, pensaba con gula en los copiosos «menús» de los hoteles, en las fuentecitas cargadas de anchoas, de salmón, de aceitunas, de mantequilla rizada... el recuerdo de la ropa interior de seda, adquirió una torturadora persistencia; y los largos reposos matinales, los paseos en coche, su taller abrigado en invierno, los guantes de piel que defendían sus manos ahora adoloridas y deformadas, eran altos donde su memoria se detenía con delectación, para martirizarle con inevitables comparaciones. Su voluntad decía: «Hay que proseguir»; pero su boca entreabríase en suspiros.

De tarde, en esa hora en que el paisaje es solemne, alzaba la cabeza con desaliento, tentado por el dolor y por voces burlonas que le gritaban el contraste de su vida anterior con la paupérrima existencia actual... Las palmeras cabeceaban á lo lejos, como hombres indecisos, y en ellas—tronco recto y penacho desfalleciente—estaba íntegro el símbolo de su situación.

A pesar de ser su vida rica en emociones, Aurelio vivía del pasado. Las personas que ahora trataba parecíanle envueltas en una gasa de irrealidad: personas, hechos y paisajes... Si hubiese despertado una mañana en su alcoba de París, habría volteado el cuerpo en el ancho lecho de madera, desperezándose, seguro de ha-



ber tenido pesadillas. Los de allá, los de Trouville, tomaban en su pensamiento una existencia constante, casi tangible; platicaba con ellos despierto y dormido; sus oídos soñaban sus voces y sus ojos sus figuras. En los momentos de desmayo hubiera deseado poseer la segura orientación de Ricardo Nors, la fe de Natalia, la ecuanimidad de D. Juan Antonio... A todos tenía algo que envidiar. Y en las crisis de desesperación, cuando le bordoneaban las sienas, transpiraba su cuerpo y un descoyuntamiento amenazaba romper sus articulaciones, la vida muelle de los de «allá» lo irritaba con envidiosa cólera hasta hacerle sentir en la vista una venda que le velaba cuanto aquellas vidas tuvieran de mezquino ó de monótono ó de abyecto... No era arrepentimiento todavía... ¡Oh, él contaba con mantener su marcha hacia el arquetipo de bondad y fuerza soñado... Pero el cuerpo tardaba tanto en habituarse...

Comprendía que no era un buen jornalero. Ya ni siquiera al ir por agua sentía el pundonoroso hormiguillo que en los primeros días hacía regresar con rapidez. Demetrio Ruiz le amonestaba para convencer á los demás de que la comunidad de raza no era privilegio. A cada reconención, Aurelio se prometía no delinquir otra vez; pero el ansia de reposar junto á la fuente,

mirando el caño donde latía el agua como una vida; el ansia de pensar en los de «allá» bajo el palio de verdor, dejando ir la vista voluptuosamente de las cañadas á los bosques de caobas que trepaban por las laderas del monte, al llano—por donde galopaban á veces potros indómitos—, á los collados de verde y aterciopelada apariencia, á la sabana en cuyo centro alzábase una casita pintada de amarillo, que hasta en los días nubosos parecía asoleada, al cielo...; el deseo de disfrutar sin zozobras la rumorosa paz del campo, era más fuerte que su voluntad de regresar.

Fué allí donde por primera vez Natalia Roca se le apareció con su prestigio total de mujer joven. ¿Estaba dormido? Algo de ausencia de razón y de superlucidez combinábanse en aquel estado mórbido... Jamás en sus recuerdos el ser físico de Natalia había dominado así; su corazón, su elocuencia, hasta la memoria de sus vicisitudes, todo cuanto no era carnalmente femenino, esfumóse en la aparición: era ella, la mujer, con el mismo vestido de aquella noche—la noche en que pudo matar al otro, la noche en que un hálito tentador y enlanguideciente emergía de su cama—y el aire calmo de la tarde, tenía algo del perfume de su aposento... Y tuvo que abrir las manos, tender brazos y



labios en un gesto de solicitud... porque ella estaba allí, junto á él; no inclinándose hacia su oído para mancillar la actitud de besar, con un consejo, sino enigmática, con un relámpago juguetón en los ojos... ¿Se ofrecía? ¿Se burlaba? ¿Qué secreto traía en su gesto maligno? El pelo negro desordenado, la boca entreabierta, el cuello lechoso serpeado por tenues caminos azules; el cuerpo de talle puro donde los senos tenían arrogancias imposibles de disimular; los brazos, las manos perfectas, los pies calzados con coquetería, las piernas que se moldeaban en el raso de la falda... Y luego, de pronto, aquel lunar que entre los cabellos de la nuca era una cita para las tentaciones... ¿Por qué se le aparecía así, con tal fijeza de detalles, como nunca la había visto en presencia? Y pensando en ella, viéndola, casi poseyéndola, pasaron dos horas, sólo alteradas por lampos de luz que relampagueaban en la hoguera del día, lo mismo que una llama más fúlgida pasa á veces por la gran llama de la fragua.

De retorno advirtió en sus compañeros una intranquilidad extraña. Sin atreverse á preguntar se puso al trabajo, temiendo que su retardo fuera causante. Acababa de cargar una carretilla de tornillos, cuando el ingeniero gritó desde la puerta de su tienda con colérica voz:

—¡Pasado mañana vienen los hombres para la trocha y usted dejará de ser capataz, ya que no sirve!... ¡Estoy hasta la punta de los pelos! ¡Esto no es libertad, que es libertinaje!... ¡Se acabó, se acabó y se acabó!... El vendedor de ron puede hoy mismo hacer su paquete, y usted, Ruiz, ya me ha oído.

Todos siguieron trabajando sin alzar las cabezas. Uno de los mestizos quiso hablar, y Demetrio Ruiz impuso el silencio con esta sola palabra: «¡Después!»

Eran las cinco de la tarde, y hasta que sonó la campana sólo se oyeron los martillazos al partir las piedras, el chirrido de los taladros y el ruido opaco de los pilones de madera que apisonaban el camino.

El ingeniero estaba en el fondo de la tienda, detrás de una mesita sobre la que se mezclaban aparatos de agrimensura, rollos de cartulina, cigarros y lápices. Estaba erguido, fiero. Los trabajadores, los sombreros entre las manos, formaban grupo frente á él.

—Hablen... A ver, que hable uno solo; el capataz... ¿No hay quien se atreva á hablar?... Váyanse entonces... Lo dicho, dicho.



Ninguno se movió; las miradas estaban bajas ante la mirada del jefe, pero en la obstinación calmosa había algo intranquilizador. Antes de todas las rebeliones hay un silencio.

Se daba cuenta el ingeniero de que para mantener la autoridad era preciso no cejar ni un ápice, y sostuvo la mirada de desafío; luego, para llenar y atenuar el silencio hostil con una acción, encendió la lámpara de acetileno.

Se oían las respiraciones, y un olor bravío de sudor pesaba en la tienda. El viento hacía oscilar la llama y las siluetas bamboleábanse en las paredes de lona.

Viendo que nadie se movía, el ingeniero añadió con tono imperativo, apremiante:

—Vamos, despejen... el automóvil va á llegar... Si alguno está descontento, no tiene más que irse.

Algunos tocaban con el codo á Demetrio Ruiz, azuzándolo. El mestizo elocuente hizo además de hablar, y entonces Ruiz, que había estado cejijunto y mudo, lo detuvo con un gesto, y comenzó con tono entrecortado, afirmando la voz según avanzaba.

—Bueno, ¿te has decidido al fin?... Tanto mejor... Expón lo que tengas que exponer en pocas palabras. Escucho.

—Veníamos, jefe..., ¿sabe usted?... A mí no

se me importa dejar de ser capataz; fué usted quien se empeñó, recuérdese... Yo no quería... Yo, vamos al decir, me estoy mejor de peón, igual que túos.

—Al grano... No tengo tiempo de escuchar exordios.

La voz del ingeniero era cortante; la de Ruiz, adquiriendo de repente un tono resuelto, concretó:

—Venimos á decirle que, ó no despide al que ha despedido, ó túos nos vamos.

—Y bien...

—Es que...

Sin aguardar las aclaraciones, el mestizo:

—Nos vamos—terció—, pero aquí no trabajará *naide* más... Porque aquí *tó* es *injustisia*. Pa unos la manga ancha y la estrecha *pa* los demás... Los del color, ya se sabe, la peor parte... Y hay que saber, ¿no *e veldá?*, que la *conjunción social* está ya hecha, que ya no hay esclavos; y si *usté* piensa que vamos á aguantarle, está *equivocao* de medio á medio; y que así como *usté* *dise* lo dicho, dicho, mis compañeros y yo *desimos* también: lo dicho, dicho.

En la penumbra brillaban las risas luminosas de los negros, que aprobaron el discurso. Había algo de feroz en esa risa.



En vano Demetrio Ruiz repetía con terquedad:

—Nada de *embroyá* la *custión*... Aquí, *tóos* *semos* lo *mesmo* unos que otros.

Envalentonado con su triunfo, el mulato añadió:

—*Demasio* se ve que es la ley del *embuo*. ¿Por qué no me han hecho á mí, que soy más antiguo, ó á uno de éstos, *capatá*?...: porque *semos* morenos. Tú sabes que *na* de esto va contra ti, Demetrio; pero si tú *n'hubiera estao* aquí, el *capatá* hubiera *sio* ése—. Y señalaba á Aurelio Zaldívar.

—En *tó* caso—siguió—, no es contra ése tampoco: es contra la *injustisia* que no debíamos aguantar más...

El ingeniero se había puesto pálido. Sus manos vagaban nerviosas sobre la mesilla. Con voz turbia interrumpió al mestizo:

—Hemos concluído ya... Aquí nadie se impone, ¿estamos?... Tú te irás hoy mismo también.

—¿Que yo me iré?

—Sin replicar.

—*Usté* no me va á *tapá* la boca.

—Ea, se acabó... Si no soy quién para taparte la boca, lo soy para echarte por discolor... Que no te vea más... Despejen.

Se inició un leve movimiento de retirada. Viéndose perdido, el mestizo quiso cortarlo:

—Y me despide porque soy del color, porque no tenemos coraje y hemos *soportao toas* las *patás*... Pero si no fuera por eso y éstos tuvieran *soliaría*...; yo le aseguro que si éstos quisieran, yo no me iba.

—He dicho que afuera... Capataz, usted me responde del orden.

La voz era estentórea, pero el tono flaqueaba... Los negros habían dado un paso adelante, secundando la actitud del mestizo, y voces oscuras de resistencia salían del grupo. El ingeniero se replegó. Su mirada iba imploradora de Demetrio á Aurelio Zaldívar, y aquella mirada suprema quería decirles: «Vosotros que sois de mi raza, que sois mis hermanos, ¿me abandonaréis á estos hombres cuya saña leo en sus dientes de lobo y en las siniestras luces de sus ojos?... Amparadme... Retenedlos siquiera cinco minutos... El automóvil va á llegar y no estaremos solos... Y tan pronto decía esta súplica como iba á clavarse con una ficción de energía en los otros, intentando sugestionarlos.

Una voz murmuró:

—A ése lo *q'había* que *haserle* era...

Y él, echando una mano atrás, se impuso así:



—Al que ponga un pie adelante, al que se mueva, le meto una bala en los sesos!

Hubo un silencio, una pausa. La autoridad vencía... Tal vez todo hubiese acabado en paz, si la diestra que, delatando ser un simulacro el gesto de la otra mano que había ido á la faja por el revólver, buscando un instrumento de defensa, no se hubiese hecho una heridita con un cortaplumas... Unas gotas de sangre lo decidieron todo... De un salto felino, el negro corpulento llegó hasta la mesa, y *sin lucha*, de un solo tajo formidable, rajó el cuello del ingeniero... Fué una herida ancha, circular, neta, admirable... La sangre mojó á todos, y cayendo en la lámpara hizo crepitar y palidecer la luz. El cuerpo vino á tierra, y allí, de dos mandobles, cogido el machete con ambos manos, el cíclope le partió un hombro antes de separar la cabeza...

Una sensación de terror había hecho á los otros salir de la tienda al primer golpe. La tienda quedó sola—misterio trágico—, iluminada desde dentro, como un gigantesco farol en el crepúsculo... Dispersos, los demás tenían puestos los ojos allí donde estaban el muerto y el que había matado... ¿Qué hacía aún allá? ¿Por qué esa fascinadora quietud?... Hubo un movimiento en la tela... Todos temblaron cual si pudie-

se pasar algo más horrible... El negro corpulento, alzando la cabeza, que goteaba, vociferó:

—¡Aquí está... aquí está!... ¡Ya no nos llamará más hijos de perra!... ¡Mírenlo cómo cierra los ojos!... Tú, Jaime, cógela; ¡ahí te va!... ¡¡Buena bola!!!

La cabeza trazó una parábola macabra y cayó sobre unos matorrales; otro negro la recogió y la volvió á tirar; otro después...

El día se había puesto lívido antes de morir; las risas luminosas y feroces lucían en la sombra... Súbito, una voz, la voz del mestizo, dió la alarma:

—¡Que vienen! Los del automóvil avisaron... ¡Que vienen á prendernos!

A este grito siguió una desbandada frenética. Aurelio se halló solo; vió la cabeza sobre un montón de grava y la recogió sin mirarla; la envolvió en el faldón de su camisa, la aprisionó contra su pecho, y sin saber por qué, sin saber de quién, huyó despavorido... Huyó toda la noche.

También la Naturaleza parecía recordar... Frente á él la mar rumoraba... Ni luces, ni ondulación crestada de espumas; sombra y mur-



mullo nada más, como la noche en que, al llegar á El Havre, sintió cortados sus pasos por la barrera límite entre el mar y la playa. Había corrido mucho tiempo, arañado por las malezas, piadosamente oprimida contra su pecho la testa ya fría. Sujetábala como algo querido, sin osar mirarla, sintiendo, al mismo tiempo que el deber de no abandonarla á la voracidad de los cuervos, miedo de ver sus ojos empañados, los maxilares fuertemente juntos que habrían dado á la boca una mueca cruel... Sólo allí, cuando el susurro del mar lo detuvo, sintió que la humedad que mojaba su pecho no era sudor... Y pánico perentorio se adueñó de él y lo hizo arrojar la cabeza al agua... No tenía ya fuerzas, y la cabeza cayó en el linde de la arena, de donde una ola la recogió... Durante un instante pareció un hombre que nadara en demanda de la orilla; luego mostró al cielo el cuello cercenado..., luego desapareció para siempre. Sus ojos la buscaban con avidez, engañándose y creyendo verla tan pronto cercana como distante... Debía ser tardísimo; la temperatura era vernal; sus párpados cayeron bajo el sueño...

Voces ásperas lo despertaron. Al abrir los ojos, había perdido la consciencia de los hechos; pero detalles persistían, y persistía también un terror convulso que lo hacía temblar lo mismo

que si hiciera frío. Se dejó maniatar. A las preguntas capciosas de los aprehensores, respondió con frases incoherentes:

—Allá la cabeza... nadando... Ni rastro queda ya... No sé...

—¿Verdad que fuiste tú?

—Claro, ¿no veis esa cara de hipócrita?

—Vamos, confiesa... Es lo mejor.

Aurelio sentía que sus frases eran incoherentes; sentía la necesidad de pronunciar una palabra delatora; rayos de conciencia remota querían imponerse y le hacían sufrir... Sabía la única frase que podía salvarlo... Pero en sus labios no había otras palabras:

—Ni rastro... Se ha ido... Ni rastro ya.

Dos guardias le dieron sendos culatazos para que echase á andar. Los que lo custodiaban eran cinco, al mando de un sargento bisojo. Marcharon largo rato, haciendo un rodeo para entrar por la ciudad sin pasar por el ingenio. Los guardias lo improperaban de vez en cuando, y luego hablaban entre ellos. Aurelio oyó que otros varios habían sido capturados durante la noche.

El sargento, por único comentario, decía:

—Ahora mucha ley y mucho *requilorio*... Si se siguiera el procedimiento de antes, pronto limpiaba yo esto de bandoleros.



¿Cuál era el procedimiento de antes? Esta pregunta, formulándose con insistencia, fué esclareciendo la conciencia de Aurelio... Poco á poco sus recuerdos se ordenaron, su sentido del peligro se deshizo de las sombras que lo obs-truían.

Y la primera idea concreta que tuvo, idea que le fué preciso musitar para saber mejor que la poseía, fué ésta: «Si fuera solo con el sar-gento bisojo, yo no llegaba á la ciudad».

## XI

Hay en todas las vidas épocas vacías y épocas saturadas de hechos. Iguales lapsos de tiempo, comparados, no parecen tener la misma extensión, y aseguramos: «Aquellos tres meses, aquel año en que no hice nada, fué más corto que estos tres meses hipócritamente elásticos»... El tiempo pasa ledo por entre los jalones de la vida sedentaria, y se abre, se prolonga, centuplica la capacidad de sus minutos para abarcar cambios y sucesos en las nómadas existencias... Los calendarios y los cronómetros mienten. El reloj del tiempo es el alma.

Y Aurelio, sintiendo en la cabeza un hervi-dero de remembranzas, pensaba así, con los pár-pados entornados, inmóvil... La sala era peque-ña; las seis camas, juntas las cabeceras á las paredes, estaban separadas por ventanales en cuyas cortinas de yute palidecía el sol. Era una sala apacible, y sólo los pasos de alguna monja y el vuelo continuo de las moscas en torno del